ARGENTINA TERCER MUNDO:

NUEVA IZQUIERDA, EMOCIONES Y POLÍTICA REVOLUCIONARIA, EN LAS DÉCADAS DE 1960 Y 1970*

VALERIA MANZANO**

Introducción

En 1971, al escribir una nueva introducción a su *Sociología de la modernización*, Gino Germani advertía sobre los riesgos de identificar a Latinoamérica con el Tercer Mundo. A diferencia de África y Asia, Germani creía, "los países más importantes de América Latina", incluyendo a la Argentina, lejos de ser "países subdesarrollados" eran "un tipo de naciones de 'clase media' en una escala internacional de desarrollo y modernización." Germani advertía a sus lectores (presumiblemente estudiantes y docentes universitarios) que "olvidar esas circunstancias es causa de errores ideológicos y políticos"[1]. Una figura central en la autodenominada sociología científica que ayudó a establecer como disciplina universitaria a fines de la década de 1950, Germani también modeló y popularizó algunos conceptos clave mediante los cuales muchos ciudadanos de esa "nación de clase media" intentaron capturar las transformaciones socioculturales que vivían, incluyendo el de modernización[2]. Al despuntar la década de 1970, cuando escribió aquella advertencia a sus lectores, Germani podría haberse sentido satisfecho: signos de esa modernización se evidenciaban en la persistente tendencia a la urbanización (65 por ciento de la población vivía en ciudades), en mejoras en las tasas de alfabetización (82 por ciento de la población mayor de 12 años) y en la expansión de la matrícula en escuelas medias y universidades[3]. Situar a la Argentina dentro de los paradigmas del Tercer Mundo requería de esfuerzo e imaginación. ¿Cómo y por qué, entonces, segmentos de la juventud universitaria –esos que se encontrarían

* Versiones anteriores de este trabajo fueron presentadas en el 125th American Historical Association Meeting y en el Seminario de Historia de los Intelectuales y la Cultura "Oscar Terán". Agradezco los comentarios de los participantes de esos eventos, especialmente los de Lila Caimari, Adrián Gorelik, Mark Healey, Juan Carlos Torre y Hugo Vezzetti. Asimismo, agradezco la lectura atenta y las sugerencias de Mauro Pasqualini.

** IDAES-CONICET. Paraná 145, primer piso, Buenos Aires (1017), Argentina, 4374-7007. Dirección electrónica: amanzano@umail.iu.edu

[1] Gino Germani, *Sociología de la modernización: estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina,* (Buenos Aires: Paidós, 1971), 12, 14.

[2] Alejandro Blanco, *Razón y modernidad: Gino Germani y la sociología en la Argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005).

[3] Censo Nacional de Población, Familias y Vivienda, 1970, vol. 1 (Buenos Aires: Ministerio de Economía, Dirección de Estadísticas, 1974), 8; Susana Torrado, *Estructura social de la Argentina* (Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1995), 265-6; Valeria Manzano, *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2014), 46-8, 54-7.

entre los mayores beneficiarios de su pertinencia a esa "nación de clase media"– tan insistentemente identificaban al país como parte del Tercer Mundo?

La socialización política de una camada de militantes y activistas –en su mayoría, pero no solamente, jóvenes de clase media– ocurrió dentro y moldeó una nueva cultura política de izquierda en la cual la asimilación de la Argentina con el Tercer Mundo fue un componente central. Diversos estudios han tendido a explicar la emergencia de una Nueva Izquierda en relación con la aceptación de la lucha armada como método, por un lado, y con la reevaluación del peronismo en tanto una vía potencial hacia el socialismo, por el otro[4]. Aunque esas novedades fueron cruciales, esos estudios han desatendido la presencia de un marco de referencias al Tercer Mundo. Tal concepto nació en la inmediata posguerra en la pluma del economista y demógrafo francés Alfred Sauvy, quien bautizó de esa manera a las "naciones subdesarrolladas" fuera de los dos polos dominantes instituidos durante la Guerra Fría. Fue sin embargo el antropólogo George Balandier quien la situó con mayor firmeza en las ciencias sociales, enfatizando que se trataba de una "geografía de la rebelión" marcada por los procesos de descolonización en marcha que –como en Argelia– mostraban que se trataban de "revoluciones de los colonizados", una idea también crucial para Franz Fanon. Con la publicación de *Los condenados de la tierra*, en 1961, la noción de Tercer Mundo traspasó las fronteras de las ciencias sociales europeas, volviéndose moneda corriente entre intelectuales y militantes que, en Asia, África y América Latina, referían positivamente a sí mismos como baluartes de movimientos de liberación[5].

En sus usos más corrientes en la Argentina en las décadas de 1960 y 1970, el concepto de Tercer Mundo adquirió dos sentidos básicos. Por un lado, refería a esa "geografía de la rebelión" que incluía a la "neocolonizada" América Latina, dependiente económica y culturalmente de los "centros imperialistas" pero –gracias al éxito de la experiencia cubana– cada vez más consciente de sus posibilidades de liberación. Por otro lado, los usos locales subrayaban la amplitud e intensidad de la opresión social a tal punto que requería de la implementación sistemática de violencia (encarnada, por ejemplo, en regímenes militares como el instaurado por Juan Carlos Onganía en 1966). Un léxico dominado por términos como dependencia y liberación, violencia sistémica y opresión social fue común a grupos marxistas, católicos y peronistas, señalando la ubicuidad del marco tercermundista. La adopción de ese marco acercaba a la Nueva Izquierda argentina con sus pares en Estados Unidos, Francia o Italia, que renovaban sus agendas a partir de un compromiso antiimperialista que las llevaba a solidarizarse con los pueblos de África, Asia o América Latina[6]. Antes que solidarizarse

[4] Claudia Hilb y Daniel Lutzky, *La nueva izquierda argentina, 1960-1980* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1984); Oscar Terán, *Nuestros años sesenta: la formación de una nueva izquierda intelectual en la Argentina* (Buenos Aires: Puntosur, 1991); y especialmente María Cristina Tortti, *El viejo Partido Socialista y los orígenes de la Nueva Izquierda* (Buenos Aires: Prometeo, 2010).

[5] Cristopher Kalter, "A Shared Space of Imagination, Communication, and Action: Perspectives on the History of Third World", en *Third World in the Global Sixties*, Samantha Christiansen y Zachary Scarlett, eds. (New York: Berghahn Books, 2012), 23-38.

[6] Van Gosse, *Where the Boys are: Cuba, Cold War America, and the Making of the New Left* (New York: Verso, 1993); Robert Frank, "Imaginaire politique et figures symboliques internationales: Castro, Ho, Mao et le Che", en *Les Annés 68: Les temps de la contestation*, Genevieve Dreyfus-Armand, ed. (Paris: Complexe, 2000), 31-47; Diego Giachetti, *Anni sessanta comincia la danza: Giovani, capelloni, studenti ed estremisti negli anni della contestazione* (Pisa: BFS, 2002), 321-47; Robert Lumley, States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978 (Londres: Verso, 1990), 118-142.

con "otros", la Nueva Izquierda argentina adoptó un marco tercermundista a partir de la convicción de que el país pertenecía a esa "geografía de la rebelión" de manera quizá paradojal, pero plena.

Antes que un error, como lo creía Germani, la asimilación de la Argentina al Tercer Mundo fue un pilar fundamental que sostuvo a creencias ideológicas y prácticas político-culturales imbricadas con un marco emocional dominado por la indignación. Como lo señalaron recientemente algunos antropólogos e historiadores culturales, la indignación –una emoción que potencialmente lleva a la acción social y política– se relaciona con los modos por los cuales diferentes grupos sociales, en contextos históricos determinados, definen los límites de "lo intolerable". Esa definición supone que uno o algunos derechos percibidos como fundamentales estarían siendo violados y que esa situación de injusticia, para ser reparada, requeriría una acción urgente[7]. En la Argentina de las décadas de 1960 y 1970, la construcción política de "lo intolerable" y la producción de indignación implicaron subrayar el carácter tercermundista del país. Una de las estrategias más extendidas de ese emprendimiento fue el énfasis en los contrastes. Notas periodísticas, informes partidarios, novelas, películas y experiencias de viaje constituyeron una madeja que haría inteligible, por ejemplo, el contraste entre la supuesta modernidad y cosmopolitismo en ciudades como Buenos Aires y Rosario, y las penosas condiciones de vida y de trabajo en sus círculos de villas miseria o en las empobrecidas provincias del Noreste y del Noroeste. Para quienes, con diverso grado de compromiso, participaron en esa tarea, pocas dudas quedaban de que la "verdad" de la Argentina se hallaba en los contrastes y en ese tercermundismo que las narrativas de la modernización –incluyendo las de Germani– no hacían sino opacar. La certeza que Argentina pertenecía a una "geografía de la rebelión" –el Tercer Mundo– fue parte de un sentido común que atravesó a la Nueva Izquierda. El arribo a esa certeza ayuda a comprender cómo y porqué el pretendido sujeto de la revolución viró desde la "clase obrera" a una noción abarcadora de los "oprimidos". Asimismo, la impronta emocional puesta en juego en la creación de una Argentina Tercer Mundo diferenció significativamente a las "nuevas" vertientes de las perspectivas racionalistas y cientificistas de la "vieja" izquierda y demostró tener una inestimable capacidad de movilización.

Este ensayo propone explorar la construcción de una Argentina Tercer Mundo a lo largo de las décadas de 1960 y 1970. En su primer segmento, basándose en prensa política, manifiestos y otros materiales políticos y culturales de agrupamientos de filiación marxista, católica y peronista, el artículo analiza cómo se fueron delineando los parámetros de "lo intolerable" en consonancia con el énfasis en los contrastes –geográficos, culturales, económicos. Antes que en textos, el segundo segmento se concentra en prácticas, en particular en viajes y consumos culturales de jóvenes en su proceso de socialización política en la intersección de las décadas de 1960 y 1970. Literalmente, nuevas prácticas de turismo y viajes implicaban un desplazamiento (social, cultural, ético) y canalizaban un deseo de conocer el supuesto lado oscuro de la Argentina de la modernización. Ya sea en el marco de grupos religiosos o políticos o de manera más informal, miles de jóvenes fueron a "descubrir" cómo vivían sus compatriotas más empobrecidos y cuán diferentes

[7] Didier Fassin y Patrice Bourdelais, "Les frontières de l'espace moral", en *Les constructions de l'intolerable: Etudes d'anthropologie et d'histoire sur les frontières de l'espace moral* (Paris: La Découverte, 2005), 15; Christophe Prochasson, "Le socialisme des indigneés: Contribution à l'histoire des émotions politiques", en Anne-Claude Ambroise-Rench y Christian Delporte, *L'indignation: Histoire d'une emotion politique et morale, XIX-XXe siècles* (Paris: Nouveau Monde, 2008), 173.

eran de la Argentina "blanca" y europeizada que lucía excepcional en América Latina. Para algunos de ellos, esos viajes fueron reveladores y para otros simplemente reafirmaban conocimientos previos. En cualquier caso, los jóvenes combinaron su aproximación corporal a lo que percibían como bolsones de tercermundismo con otras prácticas culturales –desde las lecturas hasta la moda– que tuvieron como resultado la ubicuidad de una estética latinoamericanista. Cultural y estéticamente productiva y políticamente movilizadora, la creación de una Argentina Tercer Mundo también contribuyó a consolidar la certeza de que los cambios necesarios para erradicar "lo intolerable" habían de ser urgentes y contundentes. Muchos de quienes participaron en ese esfuerzo colectivo entrevieron en las vertientes radicalizadas del peronismo una vía para una "liberación" nacional y social que concebían en marcha. En el último segmento, así, el artículo se detiene a analizar la "primavera" tercermundista de 1973.

"Comparable con las regiones interiores de África…"

El heterogéneo mosaico de grupos políticos y culturales que adoptó un marco tercermundista comenzó a tomar forma en los inicios de la década de 1960. Aunque en principio no usaran explícitamente el término "Tercer Mundo", militantes e intelectuales en las variantes insurgentes del peronismo tanto como grupos que se fueron desprendiendo de los partidos Socialista y Comunista mostraron un interés creciente en las luchas antiimperialistas y los movimientos de descolonización, afuera, y en la posibilidad de identificar patrones de neocolonialismo en el escenario local. La asimilación de la Argentina con el Tercer Mundo fue sumando adeptos con el correr de la década. En su último trienio, grupos católicos que atravesaban una dinámica de radicalización ideológica y política; activistas y dirigentes sindicales que se sumaron a la CGT de los Argentinos (CGTA); artistas e intelectuales, entre otros, concentraron su atención y su práctica política en los "bolsones tercermundistas" de la Argentina, notablemente en las provincias del noreste y del noroeste.

Una década antes, sin embargo, las ideas que darían forma a los usos locales de Tercer Mundo –aunque no el término en sí mismo– comenzaban a hacer su aparición en la política argentina. En los años posteriores al golpe de estado de 1955, múltiples grupos de jóvenes se postularon como herederos de una autoproclamada revolución peronista. En sus esfuerzos por reconfigurar una identidad en tiempos de proscripción y represión, algunos de esos grupos hicieron uso de metáforas vinculadas a la invasión. Así, representaron a los gobiernos militares y civiles que sostenían políticas proscriptivas como "fuerzas de ocupación" al servicio de intereses que se concebían como foráneos e imperialistas. Esos grupos actualizaban tradiciones nacionalistas previas al asociar al imperialismo no solamente con Gran Bretaña, sino también con los Estados Unidos, y argumentaban que la "contrarrevolución de 1955" implicaba una neo-colonización del país. Un vocabulario plagado de términos como fuerzas de ocupación, imperialismo y (neo)colonialismo se nutría, a la vez, de las noticias relacionadas con los movimientos de descolonización en Argelia o el Congo Belga, cuyos militantes y líderes eran tratados de "compañeros de ruta". Después del asesinato de Patrick Lumumba en 1961, por ejemplo, un grupo juvenil le rindió un homenaje como "mártir de la tercera posición"[8]. Desde esa

[8] Laura Ehrlich, "Rebeldes, intransigentes y duros en el activismo peronista, 1955-1962", Buenos Aires, UNGS/IDES, Tesis de Maestría, 2010, 53-63.

perspectiva, la "tercera posición" peronista y los movimientos de descolonización se imbricaban en el objetivo de alcanzar la liberación nacional. Esa liberación de la Argentina sujeta a unas supuestas "fuerzas de ocupación" era de carácter urgente ya que, como lo precisaba un manifiesto en 1964, "nuestros trabajadores son cada vez más explotados; en todas partes prolifera el horror de las villas miseria; las enfermedades están matando a nuestros niños"[9]. Esas imágenes apocalípticas de explotación, miseria y opresión devendrían componentes clave en la construcción de una Argentina Tercer Mundo.

Nociones similares circulaban también entre los grupos juveniles que en los tempranos años sesenta se alejaron del Partido Socialista para formar, entre otros, el Partido Socialista Argentino. Abanderados del imaginario "Partido cubano" que, como señalara Silvia Sigal, era defendido por una multitud de grupos de izquierda, los jóvenes socialistas crearon un foro para la diseminación de ideas sobre el Tercer Mundo, la revista *Che* (1960-1961), cuyos últimos números se hicieron en colaboración con miembros de la Federación Juvenil Comunista y llegaron a vender un promedio de 50.000 ejemplares[10]. *Che* cubrió los derroteros de los movimientos de descolonización en África y en Asia, y convocó a intelectuales latinoamericanos para ofrecer reflexiones en torno de los mismos[11]. Por ejemplo, el socialista uruguayo Vivian Trías también rindió su homenaje a Lumumba. A diferencia de los jóvenes peronistas, sin embargo, Trías situaba la trayectoria y la muerte de Lumumba en el contexto del colonialismo y del "racismo intrínseco al pillaje colonial". En ese y otros artículos, *Che* describía a la concurrencia de la opresión social y racial como una fuerza que llevaba a los pueblos colonizados a buscar cambios estructurales[12]. La rebelión de esos pueblos se produciría donde la opresión, producto de relaciones coloniales o neocoloniales, siguiera vigente. Otro uruguayo, Eduardo Galeano, analizaba en esos términos a las luchas de las poblaciones negras en el sur de Estados Unidos y abría la puerta para mirar cómo una "geografía de la rebelión" podía extenderse hasta el corazón del Primer Mundo[13].

Para los militantes e intelectuales que contribuyeron con *Che* –como así también para grupos juveniles peronistas– la "geografía de la rebelión" producía una categoría social y política particular, la de los "oprimidos". En este último sentido, *Che* ponía el foco en su manifestación más extrema, el hambre. En 1960, por ejemplo, la revista publicó un informe de dos páginas, profusamente ilustrado con imágenes de niños desnutridos, que reproducía estadísticas sobre ingestas calóricas en diferentes partes del mundo. Con esa publicación, *Che* se sumaba a la Semana contra el Hambre, una iniciativa católica para crear conciencia a escala global sobre el hambre a la que también adhirió el gobierno de Arturo Frondizi. Antes que enmarcar esa iniciativa en nociones del (sub) desarrollo, sin embargo, *Che* enfatizaba que las raíces del hambre se encontraban en una situación neocolonial: que la Argentina tuviera sus crecientes "bolsones de hambre" era el signo más evidente de que el país se ubicaba en una situación neocolonial, que

[9] "Carta peronista de la liberación nacional, junio de 1964", en *Documentos de la resistencia peronista, 1955-1970*, Roberto Baschetti, comp. (La Plata: De la Campana, 1997), 309-10.

[10] Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la Argentina: la década del sesenta* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002), 163-71; Tortti, *El viejo Partido Socialista y los orígenes de la "Nueva" Izquierda*, 159-63.

[11] Ver, entre otras, "África, un continente despedazado", *Che* N° 1, octubre de 1960, n/p; "Hoy la revolución Africana pasa por Angola", N° 14, 17 de mayo de 1961, 22-3.

[12] Vivian Trías, "Lumumba, el mito y la revolución", *Che* N° 10, 23 de mayo de 1961, 15-17; ver también "Laos quiere independencia", N° 16, 16 de junio de 1961.

[13] Eduardo Galeano, "La maldición de la piel oscura", *Che* N° 23, 3 de noviembre de 1961, 14-5.

intensificaba la opresión social[14]. Al subrayar esto último, los socialistas pisaban un suelo común con los jóvenes peronistas. Ambas vertientes apelaban a los "oprimidos" como una categoría sobre-impuesta a la de trabajadores o clase obrera. Mientras que estas últimas tenían un anclaje que, al menos en las tradiciones de izquierda, reconocía una pretensión científica, la categoría de oprimidos evocaba una relación –opresores y oprimidos– y necesitaba de adjetivación (opresión "social", "económica"). Antes que científica, la categoría de oprimidos era dramática y marcaba una primera configuración de "lo intolerable". Acompañadas por descripciones hiperbólicas del hambre y la miseria, las referencias a los "oprimidos" se completaban con otras vinculadas a la urgencia para superar las condiciones de opresión. Todos esos elementos –nuevas categorías de análisis, creencia en la necesidad de acelerar los tiempos políticos, utilización de efectos dramáticos– fueron ganando terreno en la configuración de una Nueva Izquierda que incorporaba una perspectiva tercermundista.

El grupo de intelectuales que, tras su separación del Partido Comunista, se organizó en torno a la revista *Pasado y Presente* también, a su manera, colaboró con la expansión de una perspectiva tercermundista[15]. Atentos a las transformaciones del mundo comunista, y en especial al discurrir de las diferencias chino-soviéticas, los intelectuales de *Pasado y Presente* se interrogaron sobre las posibilidades de articular los movimientos de descolonización en Asia y África con procesos tendientes a la construcción del socialismo[16]. El interés por el Tercer Mundo, sin embargo, no terminaba en las observaciones sobre esos procesos. Así, por ejemplo, en 1964 Héctor Schmucler introducía un *dossier* sobre los "problemas del Tercer Mundo" – de "aquellos países que tienen que ver con el colonialismo y el neocolonialismo"– y afirmaba que la temática se vinculaba "legítimamente" con la Argentina. Schmucler explicaba esa vinculación al comentar sobre "la existencia de dos zonas dramáticamente distintas en el mapa único de nuestro país (una que sugiere el estado colonial con su subdesarrollo a cuestas; la otra, desarrollada, que tanto coincide con el mundo europeo)" y aclaraba que "toda acción transformadora" implicaba entender sus interrelaciones[17]. Un año más tarde, José Aricó volvía sobre las implicancias políticas que suponían esas zonas "dramáticamente distintas". En una intervención donde justificaba el interés de *Pasado y Presente* en el estudio de, y el trabajo político entre, los obreros de las fábricas automotrices de Córdoba –especialmente la Fiat– Aricó remarcaba las dificultades de "aristocracia obrera" para superar un marco de acción de tipo corporativista. Ese nuevo estrato, afirmaba Aricó, se diferenciaba del conjunto de la clase obrera y no trazaba puentes de comunicabilidad, por ejemplo, con "las luchas obreras de las zonas características del atraso argentino –caracterizadas por explosiones de

[14] "Hambre", *Che* Nº 4, 25 de octubre de 1960, 4; Ver también Eduardo Galeano, "Hambre", Che Nº 22, 8 d septiembre de 1961, 11-4; "Una villa miseria a dos minutos de la casa de gobierno", Nº 24, 7 de octubre de 1961, 11-3. Sobre la promoción oficial de la Semana del Hambre, que incluía su discusión en las escuelas secundarias, ver Ministerio de Justicia y Educación, "La campaña contra el hambre mundial", *Boletín de Comunicaciones*, Nº 583, 6 de octubre de 1960, 335-38

[15] Para un estudio completo de este grupo, ver Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos: Cultura y política en Pasado y Presente* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2004).

[16] En tal sentido, la revista solía reproducir debates y contribuciones de intelectuales italianos y franceses, ver, por ejemplo, el *dossier* "Problemas del Tercer Mundo", *Pasado y Presente* Nº 4, enero-marzo de 1964; Jean-Paul Sartre, "Lumumba y el neocolonialismo", *Pasado y Presente* Nº 5-6, abril-septiembre de 1964; y "El problema del partido único en el África negra", *Pasado y Presente* Nº 7-8, octubre de 1964 a marzo de 1965.

[17] Héctor Schmucler, "Problemas del Tercer Mundo", *Pasado y Presente* Nº 4, enero-marzo de 1964, 4.

violencia estériles y discontinuas y por cierto tono 'popular'"[18]. Desde su perspectiva, entonces, la tarea de los estratos obreros más "adelantados" –y de los intelectuales que los acompañaban– era introducir demandas y acciones que permitieran dotar a los trabajadores más "atrasados" de un programa y de una estrategia. Aunque el foco de la acción y de la investigación se concentrara en esos "nuevos estratos", quienes hicieron *Pasado y Presente* se interrogaron sobre la especificidad de la formación social argentina y, al hacerlo, introdujeron una reflexión sobre su *status* tercermundista.

La asimilación de la Argentina con el Tercer Mundo fue clave para una tercera tradición que –junto con la marxista y la peronista– ayudó a darle forma a una Nueva Izquierda a lo largo de la década de 1960: segmentos radicalizados del mundo católico, especialmente estudiantiles. Como en otros países latinoamericanos, la comunidad católica argentina experimentó los cimbronazos del Concilio Vaticano Segundo (1962-1965), marco para cuestionamientos a las jerarquías institucionales y a los grupos más conservadores[19]. Las discusiones y los mandatos gestados durante el Concilio, como aquellos de que la Iglesia debía tomar una "opción privilegiada por los pobres", sentaron las bases para nuevas formas de acción social y política que fueron coincidentes con, y reforzadas por, la imposición de un clima represivo tras la instauración del golpe militar de 1966. En julio de ese año, el régimen encabezado por Juan Carlos Onganía decidió la intervención de las universidades en un intento de despolitizar un espacio entendido como epicentro de la "acción comunista", para lo cual también se declararon ilegales las federaciones estudiantiles existentes. Lejos de alcanzar su objetivo, la intervención transformó e intensificó la politización universitaria. Por ejemplo, grupos estudiantiles en Córdoba y Buenos Aires comenzaron a reunirse regularmente en parroquias para discutir documentos conciliares y otros materiales más coyunturales. En 1968, estudiantes católicos de universidades públicas y privadas crearon la Unión Nacional de Estudiantes (UNE) y su presidente, Julio Bárbaro, proclamaba que el único criterio de admisión era "ser un revolucionario, porque ser estudiante es una anécdota". Mucho más, la dirigencia de la UNE sostenía que, en última instancia, la intervención a las universidades había tenido un efecto positivo, ya que había acercado a los estudiantes a los "otros proscriptos de la historia argentina"[20]. En su acercamiento a esos otros "proscriptos", los estudiantes católicos compartían un camino con otros que, provenientes del marxismo, en 1968 crearon la Federación de Estudiantes Nacionales (FEN). Más allá de sus diferencias ideológicas y políticas, los estudiantes de la UNE y de la FEN compartían los anhelos de "conectar con el pueblo" y de "nacionalizar la conciencia estudiantil"[21].

Los segmentos católicos radicalizados encontraron un punto de referencia en la revista *Cristianismo y Revolución*. Lanzada en 1966 por el ex seminarista Juan García Elorrio, su primera editorial sostenía que el objetivo de la revista era reflejar "el senti-

[18] Jose Aricó, "Algunas consideraciones preliminares sobre la condición obrera", *Pasado y Presente* Nº 9, abril-septiembre de 1965, 52-3. Agradezco a Juan Carlos Torre el haberme señalado la importancia de esta fuente.

[19] Ver Claudia Touris, "Conflictos intra-eclesiásticos en la Iglesia Argentina post-conciliar (1964-1969)", en Claudia Touris y Mariela Ceva, coords. *Los avatares de la 'nación católica': Cambios y permanencias en el campo religioso de la Argentina contemporánea* (Buenos Aires: Biblos, 2012) y una visión panorámica en Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia Argentina* (Buenos Aires: Mondadori, 2000), 191-213.

[20] "Los estudiantes y el nuevo evangelio de la violencia", *Panorama* Nº 68, 13 de agosto de 1968, 14.

[21] "La Reforma, los estudiantes y las luchas populares", panfleto del FEN, 1968, Colección Movimiento Estudiantil, C9/5-2, Centro de Investigación y Documentación de la Cultura de Izquierda (CEDINCI).

miento, la urgencia, las formas y los momentos del compromiso de los cristianos con la revolución"[22]. La revista (cuya tirada pronto rondó los 40.000 ejemplares) publicaba frecuentemente informes sobre la guerra de Vietnam ya que, se sostenía, "nosotros, los oprimidos de América Latina, seremos el Vietnam de la década de 1970"[23]. La revista también reproducía materiales de los curas que, a fines de 1967, fundaron el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Asimismo, *Cristianismo y Revolución* sirvió como nexo para una docena de activistas que, también en 1967, crearon el Comando Camilo Torres –algunos de los cuales, un año después, fundarían Montoneros. El comando fue bautizado en homenaje al cura guerrillero colombiano, asesinado en 1966, quien representaba una fuente de inspiración para la revista y, presumiblemente, sus lectores. En su segundo número, *Cristianismo y Revolución* publicó una carta a los estudiantes universitarios en la cual Torres les recordaba que, en las "sociedades subdesarrolladas", ellos eran unos privilegiados. Para convertirse en revolucionarios, debían "ascender a las masas, compartir su pobreza y su persecución"[24]. Parafraseando a Torres, el Movimiento Ateneísta, un grupo estudiantil basado en Santa Fe, urgía a sus miembros a "amalgamarse con las masas oprimidas y perseguidas"[25].

Ese movimiento basado en Santa Fe y otros de Buenos Aires, Rosario, Córdoba y Mendoza desarrollaron iniciativas de trabajo social y político en villas miseria y en poblados rurales[26]. Si bien esas experiencias se analizan en el próximo apartado, me interesa aquí esbozar algunas de las ideas que las informaron. El Movimiento Ateneísta ofrece un buen ejemplo, ya que sus miembros plasmaron por escrito sus impresiones tras realizar trabajo social con los hacheros del norte santafecino. "Aquellos que crucen el umbral de la selva", advertían a sus lectores, ingresarían a un mundo dominado por las formas más crudas de explotación sentadas ya a fines del siglo XIX por La Forestal. Después de trazar una historia de la firma –"un estado dentro del estado"– el informe detallaba el sistema de trabajo marcado por el peonaje y las condiciones de desnutrición, analfabetismo, y falta de acceso a vivienda y salud que reinaban entre los hacheros. Como sucedía en informes similares (sobre los trabajadores del algodón y de la caña en Corrientes y Tucumán), la narrativa combinaba tres elementos[27]. Por un lado, proveía una descripción histórica de la alianza entre el estado y firmas "imperialistas" cementada en el afán de ganancias sin límites y basada en la intensidad de la explotación de los "oprimidos". Esa descripción abrevaba en motivos nacionalistas asociados con lo que Tulio Halperin Donghi denominó "segundo revisionismo". Como sus pares en la década de 1930, revisionistas de la década de 1960 como Luis

[22] Juan García Elorrio, "El signo revolucionario", Cristianismo y Revolución N° 1, septiembre de 1966, 2. Sobre la revista, ver María Laura Lenci, "La radicalización de los Católicos en la Argentina: Peronismo, Cristianismo y Revolución", *Cuadernos del Centro de Investigaciones Socio-Históricas* N° 4, 1998, 175-199; Esteban Campos, "¿Cristo guerrillero o Cristo rey? La teología de la violencia en *Cristianismo y Revolución", Sociohistórica* N° 31, 2013.

[23] "Editorial: La misma guerra", *Cristianismo y Revolución* N° 6-7, abril de 1968, 3.

[24] Camilo Torres, "Carta a los estudiantes", *Cristianismo y Revolución* N° 2/3, noviembre de 1966, 19.

[25] "Movimiento Ateneísta de Santa Fe", *Cristianismo y Revolución* N° 14, abril de 1969, 32.

[26] Una descripción de las primeras iniciativas en "Córdoba: Manifiesto Universitario", *Cristianismo y Revolución* N° 2-3, noviembre de 1966, 7-8.

[27] "Informe especial: los hacheros", *Cristianismo y Revolución* N° 8, julio de 1968, 5-13; "Corrientes", N° 9, Septiembre de 1968, 9-11; "Tucumán: informe de la Asociación de Estudios Sociales de Córdoba", N° 10, octubre de 1968, 7-11. Ver también Mauricio Fontan, "Informe sobre el noroeste argentino", *Antropología 3er Mundo*, Vol. 1, N° 1, mayo de 1969, 14-26.

Eduardo Duhalde y Rodolfo Ortega Peña crearon una visión antiliberal de la historia argentina y, más que sus predecesores, enfatizaron en las luchas del "pueblo" frente a los sucesivos imperialismos y sus aliados locales –asimilados frecuentemente con las tendencias "colonizadoras" de Buenos Aires[28]. Por otro lado, tal como sucedía en algunas de las contribuciones de *Che*, esa narrativa seleccionaba a los trabajadores más empobrecidos como la sinécdoque del pueblo en un esfuerzo por enfatizar la intensidad y el alcance de la opresión. Por último, la crítica producida por los estudiantes católicos combinaba técnicas y lenguajes sociológicos con un poderoso llamado a modelar nuevas subjetividades a partir del contacto directo con los "oprimidos".

El mismo ímpetu sociológico, junto a una extraordinaria retórica de movilización, impregnaba a uno de los documentos más significativos de las dinámicas de radicalización política de fines de la década de 1960: el Programa del Primero de Mayo de la CGTA. Creada a comienzos de 1968 y conducida por el dirigente gráfico Raimundo Ongaro, la CGTA fue el producto de cesuras dentro del movimiento obrero que se habían profundizado al perfilarse posiciones antagónicas respecto al régimen de Onganía. Los sindicatos y federaciones que se unieron a la CGTA representaban a los trabajadores y las ramas de actividad más afectadas por la implementación de políticas económicas de corte liberal tanto como a aquellos que se habían opuesto a las tendencias crecientemente burocráticas y centralistas del movimiento obrero[29]. La CGTA llamó a la creación de una alianza de fuerzas democráticas, antiimperialistas y anti-capitalistas que, liderada por los trabajadores, pudiera ofrecer una oposición sostenida al régimen de Onganía. Aunque fue de corta duración, la experiencia de la CGTA sirvió para el encuentro de un segmento del movimiento obrero (peronista y no peronista) con intelectuales, artistas y estudiantes de la UNE y la FEN –al punto que los sindicalistas "burocráticos" se mofaban de la nueva confederación, apodándola "la CGT de los estudiantes"[30]. Además de convocar a la unidad de todos esos actores, el Programa del Primero de Mayo –escrito por Rodolfo Walsh– ponía en evidencia una de las apuestas más significativas de la CGTA: su foco en una Argentina Tercer Mundo,

> El índice de mortalidad infantil es cuatro veces superior al de los países desarrollados, veinte veces superior en zonas de Jujuy donde un niño de cada tres muere antes de cumplir un año de vida. Más de la mitad de la población está parasitada por la anquilostomiasis en el litoral norteño (…) La deserción escolar en el ciclo primario llega al sesenta por ciento, al 83 por ciento en Corrientes, Santiago del Estero y el Chaco (…) No queda ciudad en la república sin su cortejo de villas miserias donde el consumo de agua y energía eléctrica es comparable al de las regiones interiores del África[31].

Teniendo en cuenta ese panorama, ¿era posible seguir sosteniendo que la Argentina era un país modernizado, cuyas imágenes coincidían con el creciente cosmopolitismo

[28] Tulio Halperin Donghi, "El revisionismo histórico como versión decadentista del pasado nacional", en *Ensayos de historiografía* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1995 [1971]).

[29] James P. Brennan, *The Labor Wars in Cordoba, 1955-1976: Ideology, Work, and Labor Politics in an Argentine Industrial City* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1994), 123-134.

[30] "La CGT de los estudiantes", *Siete Días* N° 61, 7 de julio de 1968, 18-9; sobre la confluencia de artistas e intelectuales en la CGTA, ver Ana Longoni y Mariano Mestman, *Del Di Tella a 'Tucumán Arde:' Vanguardia artística y política en el '68 argentino* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2000), 24-30.

[31] "Programa del Primero de Mayo", *Semanario* CGT, N° 1, mayo de1968, 1.

porteño? Los intelectuales y activistas de la CGTA, como otros en diversos espacios, ubicaron esos contrastes en el centro de su atención política. Al recurrir a esas descripciones hiperbólicas ("comparable al de las regiones interiores del África") se delineaba la fisonomía de un país tercermundista "escondido" tras una pátina modernizante. Ese movimiento actualizaba una línea de reflexión que, desde principios del siglo XX, había puesto el foco en la existencia de "dos Argentinas": una, identificada con las ciudades puerto, miraba a Europa y engañosamente creía ser parte de esa civilización en decadencia; la otra, identificada con "el interior", era representada como el reservorio de una esencia cultural, telúrica y nostálgica, que miraba al resto de América Latina[32]. Los militantes e intelectuales que participaron en la construcción de una Argentina Tercer Mundo, si bien mantenían un esquema dual y un modo de valorar moralmente a cada mitad, se encontraban lejos de romantizar al "interior": la verdad que ese "interior" escondía refería antes bien a los modos en que se gestaban allí los "oprimidos".

Desde el *Semanario* de la CGTA hasta *El Combatiente*, la principal herramienta de prensa del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), la prensa de las nuevas expresiones de la izquierda rebosaba de informes sobre los trabajadores no industriales, enfatizando por ejemplo en las condiciones de salud, de vivienda o de vida de los trabajadores de la caña y el algodón, o de los habitantes de villas miseria[33]. Como el Programa del Primero de Mayo, esos informes hacían uso de lenguajes y técnicas afines a la "sociología científica" pero en un intento por desmontar aspectos clave de la narrativa modernizadora que Germani, entre otros, había contribuido a diseminar. Por ejemplo, a lo largo de la década de 1960, tanto desde la investigación académica como desde el nuevo periodismo de actualidad, se insistía en remarcar que la expansión de la matrícula universitaria era un signo de la modernización cultural del país. Una serie de informes publicados en *Semanario* cuestionaban esa interpretación. Mientras señalaban que la matriculación se había detenido en 1966, afirmaban que la expansión anterior, aunque real, había servido para "ocultar" una tendencia más profunda y lamentable: "el hecho de que el 70 por ciento de los adultos en Corrientes y Santiago son analfabetos"[34]. Las estadísticas eran un modo de presentar las tácticas de contraste: detrás de las cifras más benignas de una modernización para pocos, se "escondían" las realidades de muchos. Esas realidades condensadas en las condiciones de vida de los sectores más empobrecidos eran tomadas como "la verdad" por excelencia. Esas creencias informaban, en parte, el renovado ímpetu, sostenido por diferentes fuerzas de la Nueva Izquierda, de promover y organizar el activismo y la rebelión por fuera de Buenos Aires o Rosario.

La provincia de Tucumán se transformó en un espacio fundamental para la construcción de una Argentina Tercer Mundo. Tucumán fue la vidriera para el desplie-

[32] Jean H. Delaney, "Imagining the Ser Argentino: Cultural Nationalism and Romantic Concepts of Nationhood in Early 20th Century Argentina", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 32, 2002, 625-58. Agradezco a Adrián Gorelik haberme llamado la atención sobre esa problemática.

[33] "Al gran pueblo argentino, ¿salud?", *Semanario CGT*, Nº 5, 30 de mayo de 1968, 2; "Desalojos: la razón y la fuerza", Nº 7, 13 de junio de 1968, 4; "Santiago del Estero, los sobrevivientes del monte", Nº 11, 11 de julio de 1968, 3; "La explotación de los obreros rurales", Nº 12, 18 de julio de 1968, 4; "500.000 argentinos amenazados de exterminio", Nº 39, 20 de febrero de 1969, 2; ver también "Represión en Santiago", *El Combatiente* Nº 64, 29 de noviembre de 1971, 3, "Luchas campesinas: el Chaco", El Combatiente Nº 68, 12 de febrero de 1972, 11.

[34] "Una universidad para ricos", *Semanario CGT* Nº 24, 10 de octubre de 1968, 7; "Educación: Más analfabetos para honrar a Onganía", Nº 30, 21 de noviembre de 1968, 2.

gue de las políticas económicas más tajantes del régimen de Onganía y para que la CGTA y otras fuerzas intentaran articular el descontento social y político a una escala nacional. A fines de 1966, el gobierno decidió suprimir los subsidios a la industria azucarera basándose en criterios de eficiencia y competitividad. El resultado más inmediato de esa decisión fue el crecimiento de la tasa de desempleo entre los ya muy empobrecidos trabajadores del azúcar. Dotados de una tradición sindical combativa (al punto que el PRT llegó a identificarlos como la vanguardia de la revolución en la Argentina), los trabajadores del azúcar respondieron con un repertorio de protestas que incluyeron marchas masivas y huelgas de hambre, a las que la policía reprimió severamente con el resultado de cientos de heridos y una muerte, la de Hilda Guerrero[35]. Tras la creación de la CGTA, un dirigente azucarero ocupó la comisión directiva y el propio Ongaro pasó meses recorriendo los ingenios cerrados.[36] Al mismo tiempo, artistas de Buenos Aires y Rosario trabajaron junto a sociólogos y críticos literarios en la producción de una exhibición titulada *Tucumán arde*, repleta de datos sobre salarios, alfabetización y salud, descripciones históricas de la producción de azúcar y materiales visuales que colgaban de paredes o se proyectaban en video[37]. El informe en el que se basó la exhibición –producido por los sociólogos Silvia Sigal, Miguel Murmis y Carlos Waissman– no identificaba a Tucumán como una provincia "atrasada". A diferencia de Santiago del Estero y el Chaco, se explicaba, Tucumán había desarrollado una estructura productiva tan racional y eficiente como era posible en condiciones del capitalismo dependiente, la cual sentaba las condiciones para la emergencia de trabajadores conscientes y para el deterioro progresivo de las condiciones de vida[38]. Tucumán representaba un microcosmos de la Argentina, sugiriendo que el futuro estaba marcado por la profundización de la opresión social y, junto con ella, de las posibilidades de rebelión.

Exhibida en los locales de la CGTA en Rosario y Buenos Aires, *Tucumán arde* instalaba al "contraste" en los epicentros modernizantes, esos que habrían impedido por mucho tiempo visualizar la Argentina Tercer Mundo que Tucumán sintetizaba[39]. Como sucedía también en el filme *La hora de los hornos* (Fernando Solanas y Octavio Getino, 1967-1968), una de cuyas estrategias básicas consistía en contraponer imágenes de los rascacielos porteños con otras de las empobrecidas zonas rurales, tanto la exhibición como en el más amplio proyecto político-cultural desarrollado desde la CGTA ponía a los contrastes en el centro de la escena y de esa manera las situaciones de miseria se tornaban no solamente más intolerables sino que permitían comprender el funcionamiento de la "violencia estructural del sistema". Un editorial de *Semanario*, por ejemplo, se detuvo en los 15.000 niños que, en las provincias del Noreste y del Noroeste, morían cada año al no tener alimentación y atención médica

[35] Emilio Crenzel, *El Tucumanazo* (1969-1974), v. 1 (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991), 15-30.

[36] "Tucumán: doloroso espejo del país", *Semanario CGT*, Nº 5, 30 de mayo de 1968, 5; "Tucumán: la CGT dice presente", Nº 8, 20 de junio de 1968, 4.

[37] Mestman y Longoni, *Del Di Tella a 'Tucumán Arde'*, 146-93.

[38] "Porqué Arde Tucumán", *Semanario CGT* Nº 33, 12 de diciembre de 1968, 7.

[39] La policía ordenó cerrar la exhibición en Buenos Aires diez horas después de inaugurada, pero en Rosario duró más tiempo y convocó una audiencia más numerosa, ver Cristina Viano, "Una ciudad movilizada (1966-1976)", en *Rosario en la Historia*, vol. 2, Alberto Plá, coord. (Rosario: Universidad Nacional de Rosario, 2000), 44-6.

adecuadas. "Esos niños son protagonistas de una guerra en la que Onganía también es protagonista", concluía la editorial, "aunque él no lo sepa, sus armas protegen esa masacre"[40]. ¿Cómo permanecer indiferentes frente a esa masacre? Buena parte del trabajo político y cultural de los activistas y militantes de la Nueva Izquierda se concentró en publicitar lo que entendían estaba escondido tras la fachada de una Argentina moderna. Ese trabajo suponía la configuración de la indignación, un recurso emocional que ayudaba a que "una perspectiva política e ideológica se tornara efectiva y convincente"[41]. Ese marco emocional dominado por la indignación fue ciertamente movilizador y efectivo. Una vez que el Cordobazo señaló el final político del régimen de Onganía y la intensificación de la politización de diferentes segmentos sociales, la percepción de que la Argentina era parte de un Tercer Mundo en rebelión –y que debía seguir similares caminos revolucionarios– ya era parte de un sentido común.

En el camino

En 1970, Félix Luna bautizó como "neo-turismo" a las prácticas de viaje de muchos jóvenes que, rompiendo con el paradigma de las vacaciones familiares, salían en grupos de pares a explorar destinos no convencionales. El impulso que movía a esa "oleada de peregrinos", según Luna, era su "deseo de conocer su país, asumirlo como propio y tratar de cambiarlo"[42]. En efecto, miles de jóvenes se lanzaron al camino, muchas veces en búsqueda de encuentro directo con la Argentina Tercer Mundo. Mientras que esos encuentros tomaron diversas formas de circuitos turísticos, muchos jóvenes canalizaron su "deseo de tratar de cambiar al país" mediante el despliegue de trabajo social y político en áreas empobrecidas, cercanas o lejanas a sus lugares de origen. Viajes y trabajo social fueron, en muchas ocasiones, prácticas complementarias, informadas por, y generadoras de, un creciente involucramiento en grupos estudiantiles, partidarios o guerrilleros. Esas prácticas ayudaron a afianzar al tercermundismo como un componente clave de la cultura política revolucionaria en la década de 1970 –un componente que también se ramificó en otras prácticas, desde los consumos musicales y de lectura hasta la moda.

El "peregrino" del que hablaba Félix Luna se representaba en la figura del mochilero. Ya en 1966 algunos informes periodísticos informaban que 50.000 mochileros, en su mayoría varones entre 15 y 25 años, habían colmado las –por cierto limitadas– capacidades de los campings a lo largo del país, y también sugerían el establecimiento de una identificación especial para garantizar la seguridad de los mochileros cuando hacían dedo en las rutas[43]. En 1970, un estudio oficial indicaba que 10 por ciento de los jóvenes de entre 18 y 24 años radicados en Buenos Aires, Córdoba, Mendoza y Rosario que habían viajado en la temporada veraniega lo habían hecho "sin la compañía de miembros de sus familias". A la vez, el estudio sostenía que la mitad había preferido visitar destinos no convencionales (como la Costa Atlántica y Córdoba) y sintetizaba las novedades con la imagen de mochileros bajando

[40] "Editorial: La paz de Onganía", *Semanario* CGT, Nº 7, 13 de julio de 1968, 1.

[41] Prochasson, "Le socialisme des indigneés", 179.

[42] Félix Luna, "El neoturismo", *Clarín*, 9 de febrero de 1970, 44.

[43] "50 mil mochilas invaden el verano", *Confirmado* Nº 76, 1 de diciembre de 1966, 48-50, "Albergues para mochileros", *Análisis* Nº 324, 29 de mayo de 1967, 27.

de trenes en Bariloche o Tucumán[44]. Puntos de entrada a la Patagonia y al Noroeste, esas dos ciudades representaban diferentes opciones culturales, estéticas y políticas: generalizando, mientras los jóvenes atraídos por movimientos de tipo contracultural se dirigían con mayor frecuencia a la Patagonia, quienes se involucraban con vertientes políticas contestatarias lo hacían al Noroeste.

Para 1970, el sur de los Andes ya se había instalado como destino turístico y como espacio que prometía el inicio de otro tipo de viaje. En la década de 1930, familias de la elite tucumana habían comenzado a promover la región como un punto de encuentro entre la Argentina que miraba al Atlántico y la Argentina que "miraba a América Latina". Durante la década de 1950, mientras tanto, los gobiernos de Bolivia y Perú emprendieron campañas internacionales para promover el turismo en sitios arqueológicos[45]. En los tres países, las campañas focalizaban en los vestigios de un pasado glorioso tanto como en los paisajes rurales y "exóticos" de las poblaciones indígenas a mitad del siglo XX. No eran esos los elementos que prefirió reconocer uno de los viajeros más ilustres, Ernesto "Che" Guevara, quien visitó el noroeste argentino en 1950-1 y todo el corredor andino al iniciar su recorrido continental en 1953. En ambas ocasiones, como lo ha estudiado Eduardo Elena, Guevara se movía tras el deseo de encontrar "revelaciones de los aspectos escondidos de la realidad social"[46]. Viajando solo en su primera experiencia, Guevara paraba en cada pueblo pequeño de Santiago del Estero y Tucumán y ofrecía sus conocimientos médicos a sus empobrecidos habitantes. Mientras tanto, usó su segundo viaje para profundizar, entre otras cosas, sus apreciaciones políticas de los países que visitaba –y se mostró desilusionado con la Revolución Boliviana de 1952, país donde volvió para pelear y morir en 1967. En ese año, evidenciando las transformaciones en los modos de entender los "caminos revolucionarios", grupos de jóvenes en la Argentina se alistaban para cruzar la frontera y contribuir a sostener la experiencia guerrillera de Guevara, aunque solo unos pocos finalmente lo harían[47].

Fueron muchos más los jóvenes que emularon a Guevara en su ímpetu de encontrar, sin mediaciones, el Tercer Mundo en la Argentina. Entrevistada para un informe sobre mochileros en 1968, una estudiante de historia aseguraba que su viaje a las provincias del noroeste le había permitido ampliar su conocimiento del país y de sus "habitantes más humildes". En el mismo sentido, en 1971 un grupo de estudiantes de La Plata sostenía que su viaje de tres meses, "parando en cada pueblito desde Tucumán hasta Jujuy" había contribuido a expandir sus horizontes y a desarrollar su sensibilidad "hacia los más desfavorecidos"[48]. De manera similar, Cacho Narzole recuerda que junto a su novia hizo dos viajes al noroeste: "mientras descubríamos la belleza de los paisajes,

[44] Presidencia de la Nación, *Encuesta nacional de turismo 1970-1* (Buenos Aires: Presidencia de la Nación, 1972), 17, 39, 59-62.

[45] Oscar Chamosa, *The Argentine Folklore Movement: Sugar Elites, Criollo Workers, and the Politics of Cultural Nationalism, 1900-1950* (Tucson: The University of Arizona Press, 2010); Florence Babb, *The Tourism Encounter: Fashioning Latin American Nations and Histories* (Stanford: Stanford University Press, 2010), 68-9.

[46] Eduardo Elena, "Point of Departure: Travel and Nationalism in Ernesto Guevara's Argentina", *Che's Travels: the Making of a Revolutionary in 1950s Latin America*, ed. Paulo Drinot (Durham: Duke University Press, 2010), 27.

[47] Oscar Terán, "La década del 70: la violencia de las ideas", *Lucha Armada en la Argentina*, Vol. 2, Nº 5, 2006.

[48] "La importancia del dedo pulgar", *Siete Días* Nº 91, 3 de febrero de 1969, 56; "Con el verano en la mochila", *Clarín Revista*, 19 de diciembre de 1971, 10-14.

quedamos shockeados por la realidad social de pobreza extrema y de explotación inhumana". Hugo Macchi experimentó un "shock" similar en un viaje en el que también visitó Bolivia y Perú, donde apreció "las condiciones de miseria y sufrimiento del pueblo"[49]. Aunque muchos de estos jóvenes eligieran esos destinos y trayectorias en virtud de encontrar la "Argentina escondida", las descripciones concuerdan en subrayar la movilización emocional que les produjo el encuentro. Todo lo que hubieran leído o escuchado aparentemente no los había preparado lo suficiente para el encuentro cara a cara con la miseria. Como lo señaló Joan Scott al analizar el estatus epistemológico de la "experiencia", esos jóvenes asumían una relación directa entre "experimentar" y "ver"[50]. Y "ver" era el modo por el cual se aproximaban, y construían, una Argentina Tercer Mundo. En los casos de Cacho y Hugo, la experiencia del "ver" formaba parte de un proceso de descubrimiento más integral, que incluyó su incorporación al PRT.

La dimensión política era evidente en el segundo tipo de prácticas de viaje que muchos jóvenes emprendieron, esto es, el trabajo social con los sectores más desfavorecidos. En este tipo de emprendimiento fueron centrales algunas figuras del mundo católico, como el sacerdote jesuita José "Macuca" Llorens. Ya desde fines de la década de 1950 Llorens se había asociado al movimiento de los curas obreros y fomentado el vuelco de los sacerdotes al trabajo social en barrios humildes del Gran Buenos Aires. En 1964, luego de ser trasladado a Mendoza, Llorens, junto con el sociólogo Ezequiel Ander Egg, convocó a grupos estudiantiles para realizar trabajo social en una villa miseria del oeste de la ciudad. La primera convocatoria de lo que serían los Campamentos Universitarios de Trabajo (CUT) atrajo a 50 estudiantes de todo el país, que pasaron sus vacaciones colaborando con la construcción de viviendas. En los años siguientes la convocatoria creció exponencialmente y la experiencia se repitió en Mendoza, Neuquén, Salta y Jujuy[51]. En 1968, al ser entrevistado por la Liga de Madres de Familia, un estudiante de la Universidad de El Salvador que había asistido a la experiencia en Salta afirmaba que se trataba de "ponerse en contacto con los que más sufren" como parte de una "transformación individual", que incluía el desarrollo de la "sensibilidad social".[52] En ese año, hasta un grupo netamente conservador como la Liga vindicaba la acción juvenil en los CUT, aunque probablemente se hubiera alarmado al entrever que muchos de esos jóvenes cuya "sensibilidad" se desarrollaba en el trabajo social también procuraban ir más allá de la "transformación individual" y acercarse a una respuesta política. El ejemplo más recordado de ese desplazamiento –desde lo individual a lo colectivo, desde lo social a lo político– es el de los estudiantes del comando Camilo Torres, quienes desde 1966 venían realizando trabajo social en un pueblo rural del norte de Santa Fe y tomando un "curso acelerado sobre la injusticia social", como lo definió una participante[53].

Esas experiencias de viaje no fueron exclusivas de jóvenes católicos de clase media. En un extremo del espectro social, por ejemplo, un joven perteneciente a los

[49] Cacho Narzole, *Nada a cambio: una historia militante* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2009), 17-8; "Hugo Macchi", *Estrella Roja* N° 64, 17 de noviembre de 1975, 4.

[50] Joan Scott, "The Evidence of Experience", *Critical Inquiry*, Vol. 17, N° 4, verano de 1991, 773-797.

[51] Jose María Llorens, *Opción fuera de la ley* (Buenos Aires: Lumen, 2000), 96-9; ver también Lucas Lanusse, *Cristo revolucionario: la iglesia militante* (Buenos Aires: Vergara, 2007)

[52] "Asomarse a las provincias", *Vivir en familia*, N° 62, Noviembre de 1968, s/p.

[53] Testimonio de Graciela Daleo en Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad: Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, vol. 1: 1966-1973 (Buenos Aires: Norma, 1997), 26-9.

sectores más acomodados de la ciudad de Córdoba, Alejandro Ferreyra Beltrán, recuerda que mientras estudiaba en la escuela secundaria solía rodearse exclusivamente de sus "iguales" en términos etarios y sociales, con los que jugaba al rugby, iba a fiestas, o simplemente pasaba el tiempo. En 1967, cuando egresó de la escuela, comenta que comenzó a desarrollar su "consciencia social" y, a pesar de ser laico, decidió acompañar a un grupo católico a un pueblito rural de Misiones: "ser testigo de tanta pobreza y sufrimiento", anotó en sus memorias, "simplemente me volvió loco". Mientras abandonaba por completo su vida "disipada", se vinculó al PRT[54]. Al otro lado del espectro social, José, quien provenía de una familia obrera del Gran Buenos Aires, recuerda una experiencia similar. En 1970, al terminar la escuela secundaria, él y algunos de sus amigos fueron con un sacerdote a Santiago del Estero: "ese pueblito no tenía nada: no había médicos, no había agua potable, no había luz, no había gas. La gente se deslomaba trabajando y sus hijos se morían de hambre". Como otros viajeros, José concibe que esa experiencia le "abrió los ojos" y concluye que, a través de ella, aprendió finalmente a entender de qué se trataba "la injusticia social, como mínimo"[55]. Como lo señaló Juan Carlos Torre, estos jóvenes reproducían el "movimiento hacia el pueblo" que un siglo antes habían emprendido los populistas rusos, y con ellos compartían el "gesto de ruptura" por el cual buscaban una "fusión con sectores y movimientos que representaban para ellos la promesa de un cambio revolucionario"[56]. Los viajes fueron una de las expresiones de ese movimiento, y sirvieron como herramienta pedagógico-política y como acercamiento a las evidencias directas de la condición tercermundista de la Argentina.

Junto con los viajes, las perspectivas tercermundistas fueron modeladas y diseminadas a través de otras prácticas culturales que, en conjunto, modificaron un escenario cultural secularmente orientado hacia Europa. En el muy politizado Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (UBA), por ejemplo, desde fines de la década de 1960 una cohorte de profesores había dado forma a las "cátedras nacionales" y lanzado la publicación de *Antropología 3er Mundo*. Uno de sus objetivos era desafiar las orientaciones eurocéntricas y las teorías de la modernización en las ciencias sociales. En las aulas promovían clases sobre la "historia de las luchas populares" e incluían lecturas obligatorias de Franz Fanon y de "pensadores nacionales", como el por entonces muy popular Juan José Hernández Arreghi o el mismo Juan Perón. En 1969, un profesor explicaba que la intención era producir la "liberación mental de la vanguardia ideológica de la clase media", esto es, los estudiantes, y creía que los resultados eran satisfactorios ya que "comenzaron a pensar nacionalmente y a ver al país como parte del Tercer Mundo"[57]. De manera similar, en 1971 un profesor dictó un seminario sobre las opciones entre luchas urbanas y rurales, para el cual incorporó

[54] Alejandro Ferreyra Beltrán, *Memoria de los vientos* (Córdoba: Babel, 2008), 17-20.

[55] Entrevista con José (nacido en 1952 en Valentín Alsina, Lanús), 20 de septiembre de 2007.

[56] Juan Carlos Torre, "La operación de la transversalidad: el Presidente Kirchner y el Partido Justicialista", en *Argentina en perspectiva: reflexiones sobre nuestro país en democracia*, CEDIT, ed. (Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella-La Crujia, 2005), 19.

[57] Gonzalo Cárdenas, "El movimiento nacional y la Universidad", *Antropología 3er Mundo*, Vol. 2, N° 3, noviembre de 1969, 41-60; ver también Alcira Argumedo, "Cátedras nacionales: una experiencia peronista en la Universidad", *Envido* N° 3, abril de 1971, 58. Sobre esas experiencias, ver Ana Barletta, "Una izquierda universitaria peronista (1966-1973): entre la demanda académica y la demanda política", *Prismas* N° 6, 2002, 275-288.

como lecturas obligatorias textos de Guevara y entrevistas con las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y los Tupamaros uruguayos aparecidas en *Cristianismo y revolución* –que en 1970 había comenzado a publicar regularmente una columna titulada "Boletín del Tercer Mundo"[58].

Los lectores que optaban por publicaciones que abonaban una perspectiva tercermundista iban mucho más allá de los estudiantes en las facultades más politizadas. Una encuesta realizada en librerías porteñas a fines de 1972 indicaba que los lectores jóvenes compraban libros históricos y políticos de "pensadores nacionales" y "ensayistas latinoamericanos", entre quienes se destacaban el pedagogo Paulo Freire y el periodista Eduardo Galeano[59]. *Las venas abiertas de América Latina* se encontraba entre las lecturas más buscadas. Dedicado a "desenmascarar" los efectos perdurables del colonialismo y el neocolonialismo, ese ensayo ofrecía herramientas simplistas, pero poderosas, para entender porqué los pueblos latinoamericanos sufrían de tanta miseria y opresión. El éxito del ensayo era tal que hasta una revista que los jóvenes más politizados seguramente habrían tildado de "pro-yanqui", el mensuario de moda y cultura joven *La Bella Gente*, lo incluyó en una lista de lecturas sugeridas para el verano de 1972[60]. Para ese entonces, la diseminación de referencias tercermundistas y, en especial, latinoamericanistas, se tornaba evidente en los consumos culturales juveniles. En su conjunto iban trazando una madeja de sentidos que apuntaban a la inclusión plena de la Argentina dentro de esa "geografía de la rebelión" que colaboraban con delinear y popularizar.

Como parte de ese giro, una estética tercermundista y latinoamericanista se difuminaba también en la moda. La revista de humor *Satiricón*, por ejemplo, se mofaba de las "parejitas de clase media" que soñaban con tener un hijo y "llamarlo Ernesto (por Guevara) o Facundo (por Quiroga)" y que, mientras esperaban el momento adecuado, se contentaban con visitar las ferias artesanales y "comprar todo lo latinoamericano"[61]. Con su habilidad para estereotipar, esos periodistas advertían una dinámica clave: "todo lo latinoamericano" se filtraba a través del prisma del consumo. Como bien lo notaban, las ferias constituían un espacio crucial en la diseminación de esa estética y eran una novedad en los tempranos setenta. En Buenos Aires, la Municipalidad autorizó la apertura de la primera feria artesanal en 1970 (en Plaza Francia) y, dado el éxito que tuvo, otras dos abrieron en el trienio siguiente, en las cuales trabajaban 400 artesanos[62]. Inicialmente bautizadas como "ferias hippies" –porque la joyería y la ropa evocaban ese movimiento– los artesanos pronto comenzarían a trabajar con otros materiales y motivos. Un grupo de artesanos de Plaza Francia, por ejemplo, comentaba que habían comenzado a inspirarse en "nuestro interior" y a producir costosos mates de plata destinados a los turistas y también algunos ítems menos costosos para el público local, como sweaters y ponchos de alpaca[63]. Muchos jóvenes se apropiaron de esas ropas con reminiscencias de las poblaciones indígenas o de

[58] "América Latina: los caminos de la revolución", Colección Movimiento Estudiantil, SJMP/CMS R4/5-1, CEDINCI.

[59] "El tema político canaliza las preferencias de lectura", *La Opinión*, 24 de octubre de 1972, 5.

[60] "¿Qué leer?", *La Bella Gente* Nº 25, febrero de 1972, 82.

[61] Carlos Ulanovsky y Mario Mactas, "Cómo ser un moderno de la gran siete", *Satiricón* Nº 8, junio de 1973, 15.

[62] Sala de Representantes de la Ciudad de Buenos Aires, "Ordenanza 28.014", 31 de julio de 1973, *Sesiones, ordenanzas y resoluciones* (Buenos Aires: Imprenta Municipal, 1973) 1692-3.

[63] "Artesanos", *Clarín* – Revista de los jueves, 12 de agosto de 1971, 3, 8.

los míticos gauchos, combinándolas con el muy extendido *blue jean*.

La ampliación de motivos tercermundistas fue también muy evidente en los nuevos consumos musicales. Como en otros países latinoamericanos, el movimiento denominado "Nueva Canción" fue ganando cierta preeminencia en las preferencias musicales de muchos jóvenes. Aunque tenía raíces variadas, los iniciadores más reconocidos de ese movimiento, la chilena Violeta Parra y Atahualpa Yupanqui, compartían una misma voluntad de representar "al pueblo", usualmente a través de las letras de sus canciones y de la incorporación de ciertos instrumentos musicales con orígenes en pueblos indígenas[64]. Al combinar un tipo de indigenismo poético y musical con una celebración de la cultura de los "criollos pobres", Yupanqui había contribuido con la profunda renovación de la música de proyección folklórica en la década de 1960, una dinámica clave en el viraje hacia América Latina en la escena cultural local. Una figura prominente en esa renovación fue Mercedes Sosa, quien en el diseño de su repertorio y de su persona artística celebraba a la "América indocriolla" y a su supuesto destino común de liberación[65]. Aunque Sosa cautivara un mercado masivo a comienzos de la década de 1970, su asociación con el Partido Comunista conspiraba contra su popularidad entre las camadas juveniles que se estaban volcando a las vertientes revolucionarias del peronismo, que la criticaban por su "reformismo" y su "compromiso superficial con el pueblo"[66].

Sin embargo, había muchas opciones para combinar gustos musicales y preferencias políticas. En 1971, un informe de la situación del mercado discográfico notaba que los discos de los chilenos Inti Illimani y Quilapayún, y del uruguayo Daniel Viglietti habían logrado cierta popularidad en un mercado al que describían compuesto de "estudiantes universitarios de entre 18 y 25 años"[67]. Algunos artistas asociados con el movimiento de la "Nueva Canción" –incluyendo a Viglietti y a la venezolana Soledad Bravo– participaron en 1972 de un festival en el Luna Park, que convocó a una audiencia estimada en 8.000 personas. "La audiencia juvenil", escribió un periodista, "transformó una ocasión cultural en una ocasión política" al cantar *slogans* referidos a "Cuba, Chile y la patria socialista"[68]. Como lo he analizado en otros trabajos, muchos varones jóvenes combinaban sus preferencias por los motivos estéticos y políticos de la "Nueva Canción" con su gusto por la música rock, especialmente su vertiente local. Emilio, un antiguo militante de la Juventud Peronista (JP), por ejemplo, recordaba que en su colección de discos convivían "Almendra y Viglietti" sin mayores sobresaltos, y se

[64] Panoramas generales sobre la "Nueva Canción" en Robin Moore, *Music & Revolution: Cultural Change in Socialist Cuba* (Berkeley: University of California Press, 2006), cap. 5; y Fernando Reyes Matta, "The 'New Song' and Its Confrontation in Latin America", *Marxism and the Interpretation of Culture*, ed. Cary Nelson y Lawrence Grossberg (Chicago: The University of Illinois Press, 1988), 447-61.

[65] Yolanda Fabiola Orquera, "Marxismo, peronismo, *indocriollismo*: Atahualpa Yupanqui y el norte argentino", *Studies in Latin American Popular Culture*, Vol. 27, 2008, 185-205; Illa Carillo-Rodríguez, "Latinoamericana de Tucumán: Mercedes Sosa y los itinerarios de la música popular argentina en la larga década del sesenta", en Yolanda Orquera, ed., *Ese ardiente jardín de la República: formación y desarticulación de un 'campo cultural' en Tucumán, 1880-1975* (Córdoba: Alción, 2010), 239-266.

[66] Ver, por ejemplo Mateo de la Calle, "Dependencia cultural y cultura militante", *Cristianismo y Revolución* Nº 26, noviembre-diciembre de 1970, 21-4; Guillermo Gutiérrez, "Pensamiento nacional y política", *Antropología 3er Mundo* Vol. 3, Nº 4, septiembre de 1970, 1-11.

[67] "Sonidos e ideas: la canción argentina de hoy", *Clarín Revista*, 26 de septiembre de 1971, 14.

[68] "Un recital de canciones se transformó en llamativo acontecimiento político", *La Opinión*, 16 de agosto de 1972, 8.

asombraba –en el presente– de "la mezcla de mensajes y emociones que teníamos". Por el contrario, otros jóvenes, especialmente mujeres –cuya participación en la cultura del rock era mucho más marginal– favorecían el consumo de la "Nueva Canción". Tal era el caso de Mabel, proveniente de una familia trabajadora del Gran Buenos Aires que también se sumó a la JP. La "Nueva Canción", asegura Mabel, era la "banda de sonido de mi vida de entonces", una música que le hablaba de "los pueblos indígenas, los campesinos sin tierra, la revolución en el Tercer Mundo"[69].

La proliferación de consumos culturales que identificaban a la Argentina con el Tercer Mundo fue parte de un proceso más abarcador de socialización política. La construcción de una Argentina Tercer Mundo implicó la emergencia de una cultura política marcada, como lo señalara Diana Sorensen para el conjunto de América Latina, por un sentido de inminencia, "de llegada a punto de ocurrir, o de ser voluntaristamente empujada"[70]. Para esos jóvenes que se desplazaban para ver la condición tercermundista de su país con sus propios ojos, la inminencia devino urgencia al asociarse con la indignación que les producía el encuentro con esas verdades presumiblemente veladas tras una pátina modernizante. Desde su perspectiva, los militares en el gobierno no eran sino la encarnación coyuntural de fuerzas y enemigos poderosos –la "oligarquía" o "la burguesía"– que desde el siglo XIX habían sentado las condiciones neocoloniales que hicieron posible la Argentina Tercer Mundo. Enmascarados en los "partidos burgueses" o desenmascarados en su vertiente militar, esos enemigos controlaban el estado y daban forma a un sistema estructuralmente opresivo y violento[71]. La cohorte de activistas y militantes que ingresó a la política a fines de la década de 1960 y principios de la siguiente no confiaba en las posibilidades de transformaciones dentro del "sistema": solo un cambio radical podría desterrar las bases de aquella Argentina que veían como la "verdadera". Ese cambio era percibido como urgente: Mayo de 1969 y las luchas en otros países que formaban parte de esa "geografía de la rebelión" mostraban que era el momento de acelerar el pulso del cambio en un proceso que se imaginaba como drástico y violento. El "camino revolucionario" se confundía, entonces, con las opciones armadas[72].

Al tiempo que los primeros grupos armados ganaron visibilidad en la escena pública, atrajeron un apoyo evidente entre los más jóvenes. En 1969, un sociólogo desarrolló una encuesta sobre la socialización política de estudiantes secundarios (varones), de escuelas públicas y privadas en el área metropolitana de Buenos Aires. Mediante la categoría de "revolucionarios nominales" definió al 18 por ciento de los chicos que creían que solo "mediante una revolución podría gestarse un país socialmente justo"[73]. Esa

[69] Trabajo esos testimonios, y las relaciones entre música y política, en "Rock nacional & Revolutionary Politics: The Making of a Youth Culture of Contestation in Argentina, 1966-1976", *The Americas*, Vol. 70, N° 3, enero 2014, 393-427.

[70] Diana Sorensen, *A Turbulent Decade Remembered: Scenes from the Latin American Sixties* (Stanford: Stanford University Press, 2007), 7.

[71] Esa interpretación aparece en infinidad de intervenciones escritas, como por ejemplo, "Historia de nuestra dependencia", *Cristianismo y revolución* N° 5, noviembre de 1967, 4-6.

[72] La perspectiva tercermundista, el sentido de urgencia y el llamado a la acción–por sobre la elucubración intelectual–permean una afamada carta-homenaje al Che Guevara, firmada por 50 lideres sindicales, intelectuales y artistas argentinos, ver "Carta argentina: el Che Guevara y la revolución nacional y social del pueblo argentino", *Cristianismo y Revolución* N° 11, Noviembre de 1968, 37-8.

[73] Michael Petty, "Political Socialization among Secondary-School Boys", Tesis doctoral, The University of Chicago, 1971, 165, 171, 184.

encuesta se llevó adelante antes de que las principales guerrillas –Montoneros, FAP, FAR y Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)– salieran a la superficie. En este sentido, permite entrever las expectativas que grupos de jóvenes de sectores medios y obreros depositaban en la lucha armada como vía de acción. En 1971, una vez que las fuerzas guerrilleras ya se encontraban operando a escala nacional, una encuesta muy citada realizada por IPSA mostraba que el 45 por ciento de los consultados en el Gran Buenos Aires, 51 por ciento en Rosario y 53 por ciento en Córdoba "justificaba" sus acciones. Como lo sugirieron algunos historiadores, esas percepciones de las guerrillas estaban, en un punto, determinadas por el tipo de acciones que éstas desplegaron entre 1971 y 1973, cuando tomaban como blanco la propiedad antes que las personas, seleccionaban sus blancos de manera cuidadosa y cultivaban sus vínculos con "el pueblo" mediante la distribución de alimentos y juguetes, por ejemplo[74]. Sin embargo, la figura del guerrillero y la lucha armada como método seguían teniendo simpatizantes juveniles una vez que las elecciones de marzo de 1973, que despejaron el camino para el retorno definitivo de Juan Perón, ya se hubieran realizado. En septiembre de ese año, una encuesta entre 1200 estudiantes de escuela secundaria (varones y mujeres) mostraba que 30 por ciento tenía una "visión favorable" y 22 por ciento una "visión tolerante" de las guerrillas, percibiéndolas como "la única garantía para el cambio social y político"[75].

El apoyo a la guerrilla representaba, para muchos jóvenes, el apoyo al "camino revolucionario". Esa cohorte de activistas y militantes marcó el tono de una coyuntura dominada por las aspiraciones de cambios drásticos a través de medios radicales. Si algo tuvo ese viraje en creencias y prácticas fue una dimensión generacional. Aunque es posible que fuera solo una fracción minúscula del grupo de edad entre 18 y 24 la que se involucraba en la militancia política radicalizada, esa "minoría" era intensa y en expansión. Más fundamentalmente, fue clave para la conformación de un escenario político atravesado por la certeza que "la revolución" era un proceso en marcha. Al igual que la certeza en que la Argentina era un país del Tercer Mundo, la certeza en que la revolución era un proceso irreversible llevó a muchos jóvenes a intentar formar parte del mismo. En una mesa redonda con los ganadores de un concurso de ensayos sobre juventud y política, por ejemplo, Antonio Brailovsky, de 22 años, argumentaba que "los jóvenes tenemos dos caminos: o seguir el caminito que un sistema injusto nos trazó, o sumarnos al camino que nos lleve a una sociedad mejor"[76]. El despreciado "caminito" podría implicar seguir la vía del ascenso social a través de titulaciones universitarias, una vía intrínseca a las dinámicas modernizadoras de los años sesenta que, sin dudas, miles de jóvenes aprovecharon. El camino, en cambio, constituía la promesa de una "sociedad mejor". La opción no era simple. Viviana, una joven mendocina de 16 años, escribía en 1972 que se sentía confundida por las perspectivas que se le presentaban en su futuro pero que, habiendo sido "testigo del sufrimiento del pueblo" cuando participó de un "viaje de trabajo social", se indignó de tal manera que terminó por concluir que "la revolución es el único camino"[77]. El involucramiento

[74] Richard Gillespie, *Soldiers of Peron: Argentina's Montoneros* (Oxford: Clarendon Press, 1982), 110-13; Pablo Pozzi, *Por las sendas argentinas: el PRT-ERP, la guerrilla marxista* (Buenos Aires: EUdeBA, 2001), 23-4.

[75] "Pensamiento del poder adolescente", *La Opinión Cultural*, 22 de septiembre de 1973, 3.

[76] "Crítico pájaro de juventud", *Análisis* N° 458, 23 de diciembre de 1969, 42; los ensayos en Antonio Brailovsky *et al., México y Argentina vistos por sus jóvenes* (México DF: Siglo XXI, 1970).

[77] "Cartas", *Nuevo Hombre* N° 25, marzo de 1972, 12.

en la militancia en proyectos que se autodefinieron como revolucionarios fue un eslabón más de una cadena de desplazamientos: emocionales, geográficos, culturales y políticos. La construcción colectiva de una Argentina Tercer Mundo anudaba esos desplazamientos, dotándolos de una guía y un sentido.

La "primavera" tercermundista

Si una fuerza política se benefició, a la vez que informó, esa cultura política donde el componente tercermundista fue clave, esa fuerza fue el peronismo. Perón mismo había colaborado con la creación de una Argentina Tercer Mundo, especialmente al hablarles a interlocutores jóvenes. En 1963, por ejemplo, envió un mensaje "a las generaciones futuras" en el que caracterizaba al peronismo como un movimiento de liberación nacional. En línea con lo que sus seguidores juveniles planteaban a fines de la década de 1950, Perón entendía que el golpe de 1955 había representado la "re-colonización del país", desde allí sujeto a "fuerzas de ocupación imperialistas". Dada la gravedad de la situación, Perón llamaba a los jóvenes a redoblar sus esfuerzos en la "lucha de liberación"[78]. Y las "generaciones futuras" acudieron a su llamado. Si bien en los tempranos años setenta todo el espectro político se nutrió de una renovada militancia juvenil –desde el por entonces alicaído Partido Comunista hasta las vertientes de la Nueva Izquierda que no comulgaban con la lucha armada, como el Partido Socialista de los Trabajadores– fue en el peronismo donde se la incluyó como "juvenil" y donde parecía ofrecérsele un puente seguro hacia los oprimidos que eran la cara de la Argentina Tercer Mundo. En la "primavera democrática" de 1973, miles de jóvenes de sectores medios y obreros se volcaron a participar dentro de las organizaciones de la denominada Tendencia Revolucionaria del peronismo, tales como la Juventud Peronista (JP), la Juventud Universitaria Peronista (JUP) y la Unión de Estudiantes Secundarios (UES). Durante aquella coyuntura, esos jóvenes replicaron a gran escala parte del repertorio de prácticas que otros venían ensayando desde la década anterior, incluyendo viajes y consumos de lectura y de música. Para quienes se enrolaron en las vertientes revolucionarias del peronismo, esas prácticas asumían un nuevo sentido ya que se inscribían dentro de un proceso de "reconstrucción y liberación nacional" que creían en marcha. Esas ilusiones duraron muy poco: tan pronto retornó definitivamente en junio de 1973, Perón se puso al frente de una ofensiva destinada a barrer con las posiciones adquiridas por los sectores revolucionarios, a los que nunca dudó en llamar simplemente "juveniles". A la defensiva, esos sectores continuaron insistiendo, literalmente, en slogans tercermundistas y liberacionistas[79].

Desde su creación en abril de 1973 hasta comienzos de 1974, las iniciativas que prometían ayudar a conectar la universidad con los "oprimidos" y el pueblo fueron las que generaron mayor compromiso y permitieron ampliar los núcleos de militancia en la JUP. Los espacios universitarios, y en particular el de la UBA, fueron bastiones de la Tendencia Revolucionaria por algunos meses. Durante la gestión de Rodolfo Puiggrós como rector –y de Jorge Taiana como ministro de Educación– se discontinuaron las

[78] Juan Perón, "La nueva generación debe continuar la lucha", en *Documentos de la Resistencia Peronista*, 1955-1970, comp. Roberto Baschetti (La Plata: Campana de Palo, 1997), 258-9.

[79] Tanto las características de la politización juvenil como, más específicamente, su manifestación en ámbitos peronistas, son desarrollados en mi *The Age of Youth in Argentina*, 176-190.

limitaciones de ingreso, y 80.000 nuevos estudiantes se inscribieron en 1974 solamente[80]. Asimismo, en sus cuatro meses al frente de la UBA, Puiggrós ordenó terminar los proyectos que estuvieran financiados por "las foundations yanquis", prohibió que los profesores que tuvieran cargos en firmas multinacionales trabajaran en las casas de altos estudios y promovió el dictado de cursos sobre "historia de las luchas populares" en todas las carreras[81]. Para los estudiantes vinculados a la JUP, esas medidas despejaban el camino para reelaborar el rol de la universidad –y de los estudiantes– en el "proceso de liberación" y se involucraron en numerosas formas de materializar esa contribución. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, por ejemplo, autoridades, profesores y estudiantes peronistas acordaron una agenda para que cada disciplina sirviera "al pueblo y al gobierno popular". Así, mientras en la Facultad se multiplicaban los cursos sobre historia de los movimientos populares, los estudiantes de Sociología se propusieron trabajar como voluntarios en oficinas gubernamentales o como asesores de algunos sindicatos; los de Antropología delinearon la creación de un Museo del Tercer Mundo; y los de Ciencias de la Educación –más exitosos en la materialización de sus objetivos– desarrollaron campañas de alfabetización para adultos[82]. Muchos de esos estudiantes alternaban su militancia de base universitaria con el trabajo político que la JP llevaba adelante en los barrios obreros del Gran Buenos Aires. En Lanús, por ejemplo, estudiantes de medicina se ofrecían para las guardias en salas de primeros auxilios y estudiantes de psicología ofrecían espacios de atención familiar. Los estudiantes peronistas de la Universidad de Córdoba sostenían iniciativas análogas, con un foco puesto en las campañas de alfabetización y de vacunación[83].

La oleada de estudiantes que, a través de su afiliación con la JUP, iba al encuentro de "los oprimidos", provocó el sarcasmo y la crítica de diversos sectores. Por ejemplo, un dibujante de *Satiricón* creó una serie de viñetas con el título "Vino de UBA". Una de las viñetas mostraba a una pareja de jóvenes charlando en un auto muy nuevo, y como fondo a un barrio popular donde un cartel indicaba "Juventud Universitaria Trabajadora: Centro de Inserción en la Realidad Social". Mientras el joven barbudo le decía a su compañera "es genial cómo nos clarifica el trabajo con las bases", un grupo de hombres del barrio empujaba el auto. En otra viñeta, dos chicas jóvenes y bien vestidas charlan en la puerta de una casa muy humilde, donde se ve a una mujer embarazada, con dos hijos chicos, discutir con su marido. Una de las jóvenes, seguramente estudiante de Psicología, le comenta a su compañera: "Les dije que nada los ayudaría más que hacer terapia de pareja, ¿no es cierto?"[84]. Al representarlos como jóvenes de clases medias reacios a abandonar su lenguaje intelectualizado y sus privilegios sociales, el dibujante sugería que los militantes de la JUP eran incapaces de cruzar barreras culturales y de clase y echaba un manto de dudas sobre la eficacia de su "inserción en la realidad". De manera similar, el semanario *Militancia*, dirigido por Luis Eduardo Duhalde y Rodolfo

[80] Consejo de Rectores de Universidades Nacionales, *Censo Universitario* 1972, 4; Ministerio de Cultura y Educación, *Cifras educativas*, 1974 (Buenos Aires: Departamento de Estadísticas Educativas, 1977), 15.

[81] "Resoluciones adoptadas por la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires", *Universidad: Aportes para la reconstrucción nacional*, N° 2, Julio de 1973, 13-4.

[82] *Filosofía y Letras en la reconstrucción nacional: Boletín informativo*, Colección Movimiento Estudiantil, SMJP/CMS C5/5-1, CEDINCI.

[83] Mesa "Referencia", Archivo N° 15.979, vol. 2, DIPPBA; "JUP: Comunicado", *El Peronista* N° 9, Octubre de 1973, 11.

[84] Viuti, "Vino de U.B.A.", *Satiricón* N° 13, diciembre de 1973, 64-5.

Ortega Peña –en ese momento cercanos al Peronismo de Base– también enfatizaba las limitaciones de esos encuentros. Acentuando sus críticas a la Tendencia Revolucionaria por su permanencia en un movimiento que giraba rápidamente hacia la derecha, *Militancia* sostenía que se trataba de un "síndrome del recién llegado". Ese síndrome también se ilustraba con el éxito que tenía el "trabajo en los barrios" entre los militantes de la JUP, quienes, según *Militancia*, tranquilizaban "sus conciencias tomando mate en los locales de las barriadas populares"[85]. Además de enfatizar en una supuesta superficialidad del tipo de emprendimientos que privilegiaban los "recién llegados", esta critica también sugería las dificultades de los jóvenes de atravesar fronteras culturales y de clase en su encuentro con "el pueblo".

Deseos similares de tender puentes con "el pueblo" animaron la creación del segundo frente estudiantil de la Tendencia Revolucionaria: la UES. Al igual que el ámbito universitario, en la corta "primavera democrática" de 1973 la escuela media fue objeto de transformaciones. Dos de ellas fueron particularmente significativas para el activismo estudiantil. En primer lugar, en virtud del objetivo de hacer de la escuela secundaria un espacio para la formación de "jóvenes activos, preocupados por su país y dispuestos a tomar riesgos", el Ministro Taiana dejó sin efecto al célebre Decreto de La Torre, que desde 1936 impedía la organización de centros estudiantiles y de cualquier forma de vida política escolar. Como resultado, a lo largo de 1973 alrededor de 300 centros estudiantiles se crearon a nivel nacional, en su mayoría controlados por la UES.[86] En segundo lugar, las autoridades también sugirieron el inicio de un cambio curricular, al que dieron el puntapié al discontinuar el curso obligatorio de "Educación Democrática" –impuesto en 1956 y con un claro sesgo antiperonista– y reemplazarlo por otro titulado "Estudio de la Realidad Social Argentina", cuyo programa estaba tamizado de lecturas que proponían que los estudiantes tomaran consciencia de la vida de "sus compatriotas más humildes".[87] Activos en los centros estudiantiles y dotados de un mandato para ese contacto con "los más humildes", los estudiantes de la UES llevaron adelante una amplia gama de iniciativas de trabajo social. En la ciudad de Santa Rosa, por ejemplo, organizaron 17 centros de alfabetización y ayudaron en las tareas cotidianas de 12 centros de cuidado infantil. Asimismo, en cada distrito ayudaron al mantenimiento de edificios escolares y hospitalarios, usualmente a través de su pintura[88]. Ese ímpetu de trabajo animó la experiencia más ambiciosa de la UES, el "Operativo Güemes". En enero de 1974, 500 estudiantes de todo el país viajaron a Salta para ayudar en la construcción de caminos, canales y escuelas[89].

En el verano de 1974, al mismo tiempo que Perón intensificaba la ofensiva contra la Tendencia Revolucionaria, los militantes de la UES y la JUP multiplicaron las tareas

[85] "La tarea barrial", *Militancia* N° 18, 11 de octubre de 1973, 8; también "La política de conjunto", *Militancia* N° 20, 25 de octubre de 1973, 9; "La defensa del espacio político", *Militancia* N° 24, 22 d noviembre de 1973, 8.

[86] *Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Cultura y Educación*, N° 2, 30 de junio de 1973, 1-4.

[87] *La escuela media para la liberación y la reconstrucción nacional* (Buenos Aires: Ministerio de Cultura y Educación, 1973), 9, 13-6.

[88] Hugo Gatica, *Tiempos de liberación: Memorias de un militante de la JP, 1973-1976* (Santa Rosa: Pintagua, 2008), 53-58; "Van a Salta y hacen falta", El descamisado N° 34, 7 de enero de 1974.

[89] "El día en que la UES hizo vibrar a toda Salta", *El Descamisado* N° 37, 29 de enero de 1974, n/p y también "Ponen el hombro en Salta 500 secundarios", Noticias, 7 de enero de 1974, 12.

en pos de la "reconstrucción y liberación nacional" y tomaban nuevos sentidos, con ellas, las perspectivas tercermundistas que habían animado la movilización política juvenil. El Ministerio de Educación lanzó un programa de viajes a sitios de "interés histórico y político" en el Noroeste argentino, Bolivia y Perú. En enero y febrero de 1974, así, tres contingentes de alrededor de 200 estudiantes y profesores viajaron desde Tucumán a Cuzco[90]. Auspiciadas desde el estado, esas experiencias de viaje emulaban las que miles de mochileros hacían en su aproximación a la Argentina Tercer Mundo. Sucedía algo similar con el segundo tipo de desplazamientos, el más extendido entre jóvenes peronistas aquel verano: los "operativo de reconstrucción". Además del "Operativo Güemes", la UES llevó adelante otros catorce, mediante los cuales alrededor de cinco mil jóvenes de Buenos Aires, Rosario, Córdoba y Mendoza se desplazaron a pueblos rurales de Santiago del Estero, Formosa, Santa Fe y Chaco. De acuerdo a un dirigente de la JP, esos operativos tenían dos objetivos básicos: "compartir la vida de nuestros compatriotas más sufrientes" y ayudar a materializar las "promesas de reconstrucción nacional" a partir de la resolución de las necesidades más urgentes, como salas de primeros auxilios o aulas escolares[91]. Era este segundo objetivo el que le otorgaba un nuevo cariz a los desplazamientos hacia el encuentro de los sectores más humildes. Si desde fines de la década de 1960 esos desplazamientos eran parte de un proceso de "descubrimiento" articulado por el despliegue de emociones como la indignación, en la "primavera" de 1973-4 los jóvenes peronistas los dotaban de una perspectiva mucho más optimista. Mientras que el PRT-ERP decidía el lanzamiento de una experiencia de guerrilla rural en el monte tucumano, poniendo el acento en la dualidad de rebelión y opresión que evocaba la categoría Tercer Mundo; los jóvenes peronistas ya hablaban del inicio de una superación de esa etapa, enfatizando en la dupla "liberación y reconstrucción nacional"[92].

Al comentar sobre los operativos, *Militancia* redoblaba su crítica: "¿Qué ofrecen para elevar la consciencia popular? La JP confunde reconstrucción nacional con albañilería"[93]. Más allá del sarcasmo, la observación subrayaba una característica de la militancia de los jóvenes encuadrados en la Tendencia Revolucionaria: la literalidad con la que ponían en práctica los slogans de una cultura política en la cual el tercermundismo había constituido un componente central. Al poner en práctica slogans, esos jóvenes canalizaban actitudes de solidaridad social y voluntarismo extremo, y pueden haber tenido la certeza de estar participando como protagonistas en un camino irreversible de cambios sociales profundos. Sin embargo, poner slogans en la práctica no garantizaba su cumplimiento: ni "reconstrucción nacional" significaba albañilería, ni "ir al encuentro de los oprimidos" resultaba en un emprendimiento de transformación mutua como el que imaginaban los grupos estudiantiles que realiza-

[90] "Excursiones para alumnos", *Noticias*, 24 de diciembre de 1973, 19;"Turismo estudiantil en el Perú", *Noticias*, 3 de enero de 1974, 11.

[91] "Unas ganas de construir que contagian", *Noticias*, 3 de febrero de 1974, 4; ver también "Culminó la campaña de la JP", 18 de diciembre de 1973, 6; "Reconstrucción, otra campaña", 24 de diciembre de 1973, 13; "Trabajan gratis para el estado", 19 de enero de 1974, 11; "Nuevos operativos de reconstrucción de la JP", 20 de enero de 1974, 10; "Operativo Pancho Ramírez", 24 de enero de 1974, 4.

[92] Para la experiencia la guerrilla rural del PRT-ERP, ver la novela no-ficcional de Eduardo Anguita, *La compañía del Monte* (Buenos Aires: Planeta, 2008).

[93] "Las vacilaciones de la Tendencia", *Militancia* N° 33, 31 de enero de 1974, 11.

ban trabajo social en las regiones más empobrecidas. Esas iniciativas, no obstante, resultaron en el crecimiento numérico sostenido de las agrupaciones de la Tendencia Revolucionaria, lo cual habla de la capacidad movilizadora de la construcción colectiva de una Argentina Tercer Mundo.

Conclusiones

Generalmente desestimadas en los estudios sobre la politización y radicalización ideológica en la Argentina de las décadas de 1960 y 1970, las creencias y las prácticas que permitieron asimilar a la Argentina con el Tercer Mundo permiten arrojar luz sobre las características de la Nueva Izquierda. Por un lado, la investigación de la construcción colectiva de la Argentina Tercer Mundo ofrece una ventana para analizar la proliferación de categorías que, como la de "oprimidos", venían a sobreimprimirse con otras ligadas a la estructura productiva, dotándolas de nuevos sentidos y eventualmente requiriendo de otro tipo de acción, que se presumía más decidida y urgente. Por otro lado, la introducción de un marco tercermundista y el sentido de urgencia se vehiculizaron no solo, ni fundamentalmente, a partir de un encuadre ideológico con pretensiones científicas sino a través de una serie de prácticas que apuntaban a resaltar los contrastes y, con ellos, a configurar emociones como la indignación. Por último, esas dos novedades se aunaban en los desplazamientos–incluso literales–al encuentro de los "oprimidos" que mostraban a la Argentina Tercer Mundo en su versión más cruda y que supondrían, en términos ideales, una transformación individual y colectiva.

Desde comienzos de los años sesenta, quienes participaron de la construcción de una Argentina Tercer Mundo pusieron un foco de su atención política–y cultural–en los trabajadores rurales o en los migrantes recientes a las grandes ciudades. Sus condiciones de vida y de trabajo devinieron, con el correr de la década, una sinécdoque de la "opresión del pueblo" y, con ello, de la Argentina que tomaban como verdadera. Esa puntualización suponía desafiar dos tradiciones. Primero, y de manera evidente, a las representaciones más usuales de la modernización asociadas con Germani. Al mirar a aquellos segmentos y situaciones sociales que, en una versión que se presentaba esquemáticamente, los "sociólogos científicos" veían como remanentes de estructuras sociales tradicionales o como síntomas de desajustes en los procesos de urbanización e industrialización, la multitud de actores políticos y culturales que abonaban en el tercermundismo pretendían mostrar el lado oscuro de una modernización que tenia lugar en un marco "neocolonial" y, por ende, dentro de un sistema al que entreveían como estructuralmente violento. Segundo, la atención a los "oprimidos" implicaba un desplazamiento con respecto a los modos en que las "viejas" izquierdas entendían a la sociedad y a la acción política, con su énfasis puesto en la clase obrera industrial. Con esto no quiero decir que la Nueva Izquierda haya desatendido a ese segmento de los trabajadores. Virtualmente todas las expresiones de la izquierda marxista, por ejemplo, dedicaron buena parte de su atención militante a la experiencia del "clasismo" cordobés en las postrimerías del Cordobazo y continuaron activando entre los trabajadores industriales en los tempranos setenta. Asimismo, una fuerza tan comprometida con las creencias tercermundistas como los Montoneros, en sus disputas al interior del movimiento peronista se propuso crear una "nueva CGT" mediante la creación de la Juventud Trabajadora

Peronista[94]. En cualquier caso, un foco importante de la atención político-cultural de la Nueva Izquierda se colocó sobre otros segmentos de trabajadores, entendidos de manera más abarcadora como los "oprimidos", en lo que constituye una de las novedades de las décadas de 1960 y 1970, una que habla de la expansión de sus horizontes–geográficos e ideológicos–y de su disposición a movilizar emociones.

La visibilidad y la impronta que adquirieron los rasgos más significativos del Tercer Mundo en la Argentina se narró y se experimentó a partir de los contrastes: eran las cifras de la explotación en Tucumán exhibidas en Rosario o Buenos Aires o eran, más capilarmente, los miles de jóvenes de sectores medios o simplemente de áreas urbanas que se desplazaban al encuentro con los "oprimidos". Si no hubo oposición entre trabajadores y oprimidos, tampoco hubo oposición sino complementariedad entre creencias ideológicas y emociones. Estas últimas, y en particular la indignación, fueron recursos que potenciaron las creencias a la vez que nutrieron y alentaron nuevas prácticas, entre las que se destacaron los viajes y los consumos culturales se ayudaron a establecer la certeza de que la Argentina pertenecía a una "geografía de la rebelión", la del Tercer Mundo. Asimismo, esa certeza justificaba y reclamaba acciones urgentes y drásticas, al tono con lo dramático de un panorama social y económico que se describía y experimentaba a través de sus rasgos más extremos. Como otros jóvenes en Europa occidental a fines de la década de 1960, los "peregrinos" de los que hablaba Félix Luna entretejían un deseo de producir cambios sociales y políticos con esfuerzos prácticos por "cambiarse a sí mismos": el experimentar, o "ver otros mundos" era la puerta de entrada para transformarse en sujetos políticos en sus propios términos[95]. Y fue en esa transformación donde la Argentina Tercer Mundo demostró su mayor efectividad: fue el producto de, a la vez que produjo a, una nueva camada de militantes que marcó el tono y parte de los dilemas del escenario político argentino de las décadas de 1960 y 1970.

[94] Sobre el clasismo, ver Brennan, *Labor Wars in Córdoba*, Cap. 6; sobre las experiencias de Montoneros, ver especialmente Federico Lorenz, *Algo parecido a la felicidad: una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta* (Buenos Aires: Edhasa, 2013) y Javier Salcedo, *Los Montoneros del barrio* (Caseros: EDUNTREF, 2011).

[95] Belinda Davis, "A Whole World Opening Up: Transcultural Contact, Difference, and the Politicization of New Left Activists", en *Changing the World, Changing Oneself: Political Protest and Collective Identities in West Germany and the US in the 1960s and 1970s*, ed. Belinda Davis *et al.* (New York: Berghahn, 2010), 255-73.

RESUMEN

Este artículo analiza la emergencia y expansión de una asimilación de la Argentina con el Tercer Mundo. Sostiene que el tercermundismo fue un componente clave de las ideas y las prácticas de la Nueva Izquierda. Los actores políticos y culturales que convergieron en esa Nueva Izquierda focalizaron en los contrastes entre los espacios y fenómenos "modernizadores" y las condiciones de vida y trabajo en las provincias del noreste y del noroeste. Estas últimas permitían poner en entredicho las narrativas de modernización, a la vez que acercaban a la Argentina a las imágenes paradigmáticas de la "geografía de la rebelión" tercermundista. El foco puesto en los contrastes abonaba la configuración de una emoción colectiva, la indignación, que a su vez potenciaba creencias ideológicas y prácticas político-culturales. El primer segmento analiza cómo se delinearon los parámetros de la indignación en consonancia con el énfasis en los contrastes sociales, geográficos y económicos. El segundo segmento reconstruye prácticas de viajes y consumos culturales de jóvenes en su proceso de socialización política en la intersección de las décadas de 1960 y 1970. Muchos de quienes participaron de esos emprendimientos encontraron en el peronismo una vía para una "liberación" nacional y social que veían en marcha. En el último segmento el artículo se detiene a analizar la "primavera" tercermundista de 1973.

SUMMARY

This article analyzes the emergence and spread of an assimilation of Argentina with the Third World. It contends that "thirdworldism" was a key component of the ideas and practices of Argentina's New Left. The political and cultural actors that coalesced into that New Left focused on the contrasts between "modernizing" spaces and phenomena, and the grievous living and working conditions in the provinces of the Northeast and the Northwest. These latter helped question the modernizing narratives at the same time that they contributed to approach Argentina to the usual images of the "geography of rebellion" of the Third World. The focus on the contrasts also allowed for the shaping of a collective emotion, indignation, which in turn heightened ideological beliefs and politico-cultural practices. The first segment explores the making of the parameters of "indignation" in its linkages with the emphasis on social, geographical, and economic contrasts. The second segment reconstructs the travel practices and cultural consumptions of a cohort of young people who experienced their political socialization in the intersection of the 1960s and 1970s. Many of the youths involved in those initiatives believed that Peronism represented the best way to a national and social "liberation" that they thought was impending. The last segment analyzes the juncture of 1973 as a "Thirdworliest spring".

REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

MANZANO, Valeria
"Argentina Tercer Mundo: Nueva Izquierda, emociones y política revolucionaria en las décadas de 1960 y 1970". ***DESARROLLO ECONÓMICO – REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES*** (Buenos Aires), vol. 54, Nº 212, mayo-agosto 2014 (pp.79-104).
Descriptores: <Tercer Mundo> <Nueva Izquierda> <Juventud> <Viajes>.
Keywords: <Third World> <New Left> <Youth> <Travel>.